

Periodismo Cultural

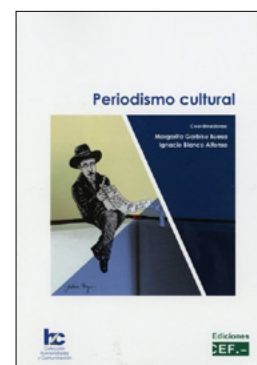
Margarita Garbisu Buesa e Ignacio Blanco Alfonso (coords.).

Ediciones CEF

Madrid, 2019

413 pp.

ISBN: 978-84-454-3846-6



“Cultura es el aire que respiramos”. Con estas sugerentes palabras introduce el profesor Ignacio Blanco el libro *Periodismo Cultural*, coordinado con la profesora Margarita Garbisu y publicado el pasado mayo. Tras apenas tres o cuatro páginas de lectura, todavía en el prólogo, el manual se va transformando en una tabla de salvación para navegar -con acierto- en el inabarcable mar de contenidos donde, como señalaba José Ortega y Gasset, “naufraga el hombre medio”.

Once extensos capítulos donde se analiza la evolución del periodismo cultural en todas sus variantes: la relación amorosa periodismo-literatura, la dificultad de los periodistas para escribir sobre música desde una perspectiva objetiva, la evolución del teatro y sus elementos, la valoración justa de la obra de arte, los requisitos esenciales para escribir sobre cine, las nuevas plataformas de comunicación cultural y posicionamiento en internet, la crónica de viajes como viaje interior o el fotoperiodismo desde el origen hasta su escisión de la noticia. Y todo ello escrito por los grandes representantes periodísticos de cada género: Jesús Ruiz Mantilla, Cristina Jaramillo, Juana Libedinsky, Nieves Mateo, Carolina Fernández, Carlos F. Heredero, Esther Martín Sánchez-Ballesteros o Concha Casajús, entre otros.

Si por algo se caracteriza la sociedad actual, además de la irrupción *tsunámica* de las redes sociales, es por la fragmentación, el caos, la confusión, la desubicación. Por eso, cuando se tiene entre manos un libro así, uno siente que aumenta su kit de herramientas para afrontar el oficio del periodista y, disculpen la licencia, el oficio del ciudadano. La ejecución del Periodismo (con mayúscula) como servicio público, como cruzada contra la injusticia o como función prescriptiva tampoco se deja de lado.

Estas páginas también invitan a un viaje, una experiencia de las que enriquecen, de esas a las que siempre se alude cuando uno ha regresado. Es un desplazamiento amable por aquellos conocimientos que el periodista cultural debe tener, como punto de partida, cuando encara una crónica, una entrevista, una crítica de cine o de teatro.

La mayoría de autores aluden al cambio total del panorama tras la incorporación de internet y las nuevas tecnologías y lo afrontan como un reto necesario y, para algunos, apasionante. También coinciden en que el aprendizaje, como siempre, llega tras mucho practicar. Esther Martín resume en tres ocasiones que lo que se necesita para escribir una buena crítica musical, sea clásica o popular/urbana, es “escuchar, escuchar, escuchar”. Y, fundamentalmente, se invita

al periodista cultural a alcanzar el tan anhelado “criterio propio”. El mundo de la cultura ha cambiado mucho. Ahora impera el respeto. “Lejos han quedado los tiempos en que los poetas, los músicos o los pintores llegaban a las manos por razones estéticas”, ironizan Ruiz Mantilla y Garbisu (p. 18). Pero igualmente se necesita discriminar. “El criterio no viene de otra fuente que de la formación intensa y permanente. De cierta sabiduría acumulada, en suma. La curiosidad es la espina dorsal del oficio...”, explican. Y recomiendan ser escrupuloso, guiarse por una firme convicción y honestidad.

Al final el lector (espectador, oyente, usuario, consumidor de información o la próxima nomenclatura *ad hoc*), lo que quiere es saber si empieza este libro o el otro, si esta serie merece la pena, si acude a tal exposición o qué película elegir de la cartelera del miércoles. En cuanto periodista cultural, casi como simplemente persona, las preguntas serían: ¿cuál es mi criterio?, ¿sé lo suficiente como para saber elegir?, ¿dónde y cómo puedo aprender más?, ¿cuál es mi perspectiva?, ¿a quién va dirigido esto que escribo?

Por su parte, Yolanda Berdasco marca los pasos imprescindibles para obtener un producto de calidad y atractivo en los medios audiovisuales: adaptación al tipo de público al que se dirige, actualización (“acercar el hecho cultural a una audiencia masiva que no necesariamente tiene interés”), planificación y coordinación con el resto de colaboradores. Destaca Cristina Jaramillo, con un exhaustivo artículo sobre Comunicación cultural en internet, que comienza con la definición de lo que sería contenido digital, que es prácticamente todo, con más de 50 ejemplos (*tweet*, *post*, imagen, gráfico, pregunta de un foro, el perfil profesional de alguien, etc.) y sigue con las reglas básicas para moverse con éxito en redes sociales: usabilidad, hipertextualidad, multimedialidad, interactividad, comercio electrónico y el SEO de contenidos.

Muy recomendables los consejos para hacer entrevistas y para conseguir “la buena historia bien contada” de Jua-

na Libedinsky o el repaso literario-periodístico de Garbisu desde el siglo XVIII hasta nuestros días: Daniel Defoe, el artículo de costumbres, el folletín, el ensayo en el periódico, la crónica bélica escrita por literatos... La distinción nunca fue clara y a veces se consideró inútil. Francisco Umbral, recuerda Garbisu, afirmaba: “Yo siempre he hecho literatura en los periódicos” (p.142).

Periodismo y artes escénicas (principalmente danza, teatro, pero también, el circo, el teatro musical, el teatro-danza, el *happening* y la *performance*) tienen capítulo propio. Nieves Mateo secuencia sus manifestaciones hasta llegar al teatro posdramático, donde no existen jerarquías, con múltiples lenguajes y cuyo objetivo no es la representación de la realidad (mímesis) “sino un conjunto de actos performativos [...] donde el espectador no podrá tener un rol pasivo, sino que deberá responsabilizarse de la experiencia vivida” (p. 197). El periodista teatral se mueve entre la función del cronista y la de crítico (“crótico”), apunta Mateo.

Hasta la portada es interesante, con la fina ilustración de Andrea Reyes, ex alumna del Máster universitario en Periodismo Cultural de la Universidad CEU San Pablo.

En las arenas movedizas de la ignorancia, el acto cultural representa un pequeño peldaño de acceso a una mayor seguridad intelectual, a la soñada sabiduría. Un libro como este, en apariencia técnico y especializado, es, en realidad, eso: un peldaño más. Una herramienta útil. Un viaje bonito. Para periodistas culturales o para cualquiera con una mínima atracción por eso a lo que se denomina *Cultura*. Sea lo que sea. El aire que respiramos.

Lidia Jiménez Rodríguez
Universidad CEU San Pablo